

Dos imágenes de Melo

Juan García Ponce

1. Juan Vicente: "Demonio hermano mío, mi semejante"

“Tal pérdida, tal desperdicio”, dice Jan Gabriel, la primera esposa de Malcolm Lowry, cuando fue encontrada años después de la muerte del escritor y entrevistada con motivo del homenaje a éste en una revista. Es lo contrario de la opinión de Margerie, la segunda mujer de Lowry, heredera y administradora de su gloria póstuma y que siempre se empeñó en convertirlo en un personaje positivo. Nosotros sabemos que Malcolm Lowry fue alcohólico casi desde el principio y en uno de sus poemas (traducido por José Emilio Pacheco), cuando *Bajo el volcán* ya era *best-seller*, dice:

*Es un desastre el éxito
Más hondo
Que tu casa en las llamas consumiéndose
El estruendo de ruinas y el desplome
Ante el que asiste, inerme, a su condena.*

*Y la fama desgasta como un ebrio
La morada del alma y te revela
Que tan sólo por ella trabajaste.
Ah, que nunca me hubiera traicionado
El triunfo con besarme y la tiniebla,
La caída y zozobra permanezcan
A mi lado y me cubran para siempre.*

Póstumamente, ahora te están convirtiendo en un “héroe cultural” y te elogian unánimemente, Juan Vicente. Tus amigos sabemos, sabemos muy bien, que tú perteneces a esa rama de auténticos artistas que han elegido el desastre, la negación, el fuego, quizá este último como un elemento purificador además de destructor. Vamos a hablar primero de tu época

“positiva” y después de lo otro. Tengo un derecho concedido por ti, aunque fuese de una manera indirecta, en la dedicatoria del libro en el cual recoges tus artículos sobre música con el bello título de *Notas sin música*. En esa dedicatoria empiezas diciendo: “Juan, hermano desde siempre...” Lo demás son asuntos particulares entre tú y yo y no hay que citarlos. Te conocí, casi sin reparar en ti, cuando ya iba a irme a Nueva York y José Emilio Pacheco nos presentó en uno de los jardines de la Ciudad Universitaria. Después me fui. En Nueva York recibí una hermosa carta tuya, la contesté de inmediato y seguimos escribiéndonos durante todo el tiempo que duró mi estancia. Es significativo, creo yo, que nuestro primer contacto definitivo fuese a través de la palabra escrita, ese sistema mediante el que el lenguaje se convierte en signos callados que lo representan convirtiéndose en expresión de la voz. Luego nos conocimos verdaderamente en el décimo piso de la Torre de la Rectoría donde tú ya trabajabas en la redacción de la *Revista de la Universidad* y yo recuperé mi empleo en la misma redacción. Nos hicimos amigos íntimos. Tantos recuerdos... Trataré de recuperar algunos.

Muy pronto tú empezaste a ir sólo media semana a la Torre de la Rectoría porque, sucediendo a Tomás Segovia, que se había ido a Uruguay, fuiste nombrado por Jaime García Terrés director de la Casa del Lago. Meche Oteyza, mi mujer, trabajaba a tus órdenes como directora de la galería de arte; también estaba Marta Verduzco como secretaria y actriz; Ulises Carrión como director de la biblioteca y tantos otros... Después de todo, íbamos a la Casa del Lago desde que Tomás Segovia era director y hacíamos ahí con él la *Revista Mexicana de Literatura*. Para envidia mía, tú eras más amigo que yo de Inés Arredondo y Tomás Segovia en cuya casa comías muy seguido. Estos recuerdos, como todos los recuerdos, son deshilvanados. Cuando te viniste a vivir a México, abandonando, para furia de tu padre, una prometedora carrera como médico dermatólogo, te acogió en la casa de sus padres José Emilio Pacheco y luego pusiste un departamento con José en la Colina en Cadetes del 47, una pequeña calle muy cerca del Bosque de Chapultepec. Ahí íbamos de vez en cuando y como es natural nos emborrachábamos. Tú ya habías publicado, como médico profesional y artista aficionado, un libro de cuentos titulado *La noche alucinada* con prólogo de León Felipe en el que te decía que tenías que elegir entre ser médico y ser artista. Me parece que ahora lo citan todos los que hacen notas sobre ti a partir de tu muerte. Ésta no quiere ser una nota de homenaje, sino una nota de recuerdos sobre ti, Juan Vicente, “demonio hermano mío, mi sejemante”, como tan hermosamente dice siguiendo, en parte a Baudelaire, sólo que cambiando ni más ni menos “hipócrita lector” por

“demonio”, Luis Cernuda en el poema sobre la *Gloria del poeta*. No sé si yo soy poeta, tú sí lo eras. Se me presenta ahora tu lectura de *La obediencia nocturna* ante un grupo de amigos en tu departamento en los edificios Condesa. Ya habías elegido “la tiniebla, la caída y zozobra” en tu religiosa dedicación al alcohol y todos pensábamos en qué iba a ser esa novela escrita en tales condiciones. Tus condiciones no eran precisamente “positivas” cuando insististe en leer por ti mismo la novela. Y empezamos a escuchar asombrados mientras tu voz se hacía cada vez más precisa. La novela no era positiva en los términos de su anécdota, sí lo era en su suprema belleza, en la nostalgia de los primeros años de inocencia, en la continua búsqueda y creencia en la luz desde la oscuridad en la que vive su protagonista desde la primera línea, cuando dice “Me da lo mismo”. El narrador y el protagonista eran la misma persona. ¡Qué maravillosa lección estabas dando del milagro que puede realizar la auténtica literatura invirtiendo los términos y convirtiendo la oscuridad de la caída hasta el fondo en la luminosidad de la belleza con la que se podía describir esa caída! Desde la oscuridad de Juan Vicente Melo en su departamento en los edificios Condesa, todo era luz en la deslumbrante prosa de *La obediencia nocturna*. Ya he escrito sobre *La obediencia nocturna*, considerándola entre las mejores novelas mexicanas y razonando mis juicios en tanto razonable crítico. También lo hice sobre tus dos libros de cuentos en tanto escritor “profesional”, durante tus primeros años en México, *Los muros enemigos* y *Fin de semana*. No se trata ahora de hacer obra de crítica, dejemos eso para los que, cuando salió *La obediencia nocturna*, no se dieron cuenta de la joya que era y ahora te elogian tanto. Yo quiero hablar de tus primeros años en México y de tu amistad, que borra todo lo que siguió y te hace existir sólo en esas condiciones, las que te corresponden en todo momento y bajo cuyo resplandor vives en tu actual ocultamiento físico. Al principio, cuando ya vivías en los edificios Condesa, pasaba a recogerte todos los días, menos el domingo, para ir a trabajar en Difusión Cultural. El divertido camino hasta la universidad. Íbamos por el periférico en una época en la que no había el infernal tráfico de ahora y hablábamos de nuestros mutuos proyectos literarios y de tus obras literarias. A ti te gustaba desde la infancia *Cumbres borrascosas* y seguías siendo fiel a ella, ahora reconozco que con toda razón, aunque en esa época discutíamos ferozmente por ese gusto. Te gustaba Julien Green, en lo que estábamos de acuerdo. Pero a tu vez te burlabas de mi gusto por Thomas Mann. Luego nuestro gozoso trabajo en la *Revista de la Universidad* y después a tomar tequila y cervezas en un jardín que había entonces en la Avenida Insurgentes, con tacos de carnitas y guacamole o picadas en un restaurante veracruzano en la Avenida Universidad. José de la Colina y Alicia Pardo nos acompañaban muy frecuentemente. Yo ya vivía en la Avenida Sonora y

como buen traidor que eras ya no comías en casa de Inés y Tomás, sino muchas veces en la mía. Mis hijos te adoraban. Juan te decía Tití, lo recuerdo ahora por ti que no puedes recordarlo.

Nos veíamos tanto en tu departamento de la Condesa; celebrábamos tantas fiestas. Te nombraron director de la Casa del Lago. Ahí fuiste un organizador ejemplar. Ya desde la época en que era director Tomás Segovia, organizabas los conciertos. Ahora además, organizabas quién debería organizar todo. Para nosotros, cultural y amistosamente fue una época gloriosa. ¡Cuánto te debe la música en México, además de por tus críticas en el suplemento que dirigía Fernando Benítez, por tu sabiduría al elegir qué música se debía interpretar en la Casa del Lago! Pero tu destino no era pertenecer por mucho tiempo a la cultura oficial. Cuando Gastón García Cantú, gracias al golpe de estado contra el doctor Chávez, ocupó la dirección de Difusión Cultural sustituyendo al arquitecto Raúl Hernández, subdirector de la misma durante la época de Jaime García Terrés y al que Jaime le había heredado el puesto al irse a Grecia como embajador, nos mandó a todos los antiguos colaboradores de Jaime a escribir a nuestra casa con el sueldo que teníamos antes, ya que por reglamento no podía despedirnos de la Universidad. Aceptamos encantados. A ti te dejó lejos, en la Casa del Lago y poco después, ante su incapacidad para hacer la revista, a la que además había sacado de la Imprenta Universitaria dándosela a la Imprenta Madero para que la formase Vicente Rojo, me volvió a llamar a mí para ocupar solo el puesto de secretario de redacción que ya tenía cuando Luis Villoro sustituyó a Jaime como director de la revista, por decisión del propio Jaime. Luego, claro está, García Cantú no tardó en demostrar su verdadero carácter separándose de tu amada Casa del Lago con el pretexto de acusaciones "vergonzosas". Él siempre será así; tú y yo somos decentes.

Ante esto, renunciaron tus colaboradores de la Casa del Lago; Huberto Batis, que había sido nombrado director de la Imprenta Universitaria; José de la Colina y yo, a Difusión Cultural. No recuerdo por qué no tuvo que hacerlo oficialmente José Emilio Pacheco; pero sí recuerdo muy claramente aquella Casa del Lago, tu Casa del Lago. Bajo tu dirección fue uno de los centros más brillantes de cultura en México. Hicimos tantas cosas: conciertos, conferencias, exposiciones, teatro, cine, todo regido por una misma exigencia: la calidad, la desinteresada altura intelectual, el puro goce. La Casa del Lago fue el centro de actividades intelectuales incluso ajenas a su carácter oficial. Ahí seguimos fraguando, por ejemplo, la *Revista Mexicana de Literatura*. Tomás ya se había divorciado de Inés y se había ido a Europa. Inés empezó a formar parte de la redacción de la revista. No hay que dejar de mencionar que los directores de teatro eran Juan José Gurrola, Héctor Mendoza y José Luis Ibáñez. No hay que dejar de mencionar

que en la galería expusieron todos los pintores importantes de México. Carlos Mérida inclusive le regaló ahí a la universidad los bocetos de sus murales y Gastón García Cantú se los apropió adjudicándose el mérito de ese regalo. Cuando tú fuiste separado de la Casa del Lago, te dedicaste francamente al alcoholismo, el que ya era un vicio común de casi todos nosotros. ¿Puede hablarse en tu caso de “tal desperdicio” como dijo Jan Gabriel? Tal vez sí, pero en esas condiciones escribiste, como ya lo dije, *La obediencia nocturna*. Yo ya me había divorciado de Meche y estaba con Michele. Durante un tiempo, después de irte de los edificios Condesa y de tener un departamento en Mariano Escobedo, que te pasó Huberto Batis, donde te cuidaba amorosamente la Kuri, viviste en mi casa de Ramón Corona.

Tu estancia en México duró de 1960 a 1968. Hasta 1966 tu gloria fue exterior, la interior no se perdió nunca. Juan Vicente Melo (1932-1996). Moriste veinte días antes de cumplir 64 años. Yo te hacía burla porque habías nacido en marzo de 1932 y yo en septiembre, diciéndote en cada cumpleaños: “Ya eres mayor que yo”. Siempre fuiste el hermano mayor. Después de 1968 te trasladaste a Xalapa. Ahí te caíste, te rompiste varios dientes y una pierna que siempre, a pesar de múltiples operaciones, te quedó más corta que la otra, por lo que tenías que usar bastón. Parecías destruido exteriormente. La prueba de que interiormente no era verdad es que ahí muchos entre los mejores te admiraron y apreciaron y sé que por ellos tu capacidad de conversación y tu humor no se perdió nunca. Ahí seguiste publicando. Tus obras nuevas y antiguas aparecieron en la colección Rescate. Después de Xalapa volviste a tu nativo Veracruz donde te vigilaban amorosamente tus dos hermanas, y venías de vez en cuando a México. Juan Vicente, hermano mío... Ahí seguiste escribiendo esa antigua novela de la que yo en México conocí el proyecto, anterior a la realización de *La obediencia nocturna*, y algunos breves fragmentos. Las noticias sobre tu muerte también dicen que esa novela será publicada próximamente con el título, tan tuyo, de *La rueda de Onfalia*. Tu desaparición es sólo física, seguirás siempre vivo por tus obras publicadas y por esa inédita en la que tendremos oportunidad de escuchar de nuevo tu voz y esa voz estará en mí siempre mientras tenga yo la mía.

2. Juan Vicente Melo en vivo

¿ Fue una víctima de sus debilidades o un héroe cultural? Parece ser que las dos cosas. Sus debilidades quedan olvidadas ahora que es un héroe cultural, y sin embargo, los que conocimos sus debilidades y sus virtudes tenemos la obligación de decir que cuando era un héroe cultural a través de sus actividades en la *Revista de la Universidad* y de la Casa del Lago sobre todo, o sea cuando a nadie se le ocurría celebrarlo como héroe cultural, esas debilidades tal vez ya existían aunque fuese en estado incipiente, pero todavía no se manifestaban. Juan Vicente acababa de llegar de Veracruz lleno de energía, de dones y dispuesto a convertirse en escritor. Cayó en el ambiente propicio: el décimo piso de la torre de Rectoría de la UNAM. Ahí Jaime García Terrés dirigía el departamento de Difusión Cultural, para lo que había elegido a los cómplices adecuados. Pronto la redacción de la *Revista de la Universidad* estaría formada en riguroso orden alfabético por Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, José Emilio Pacheco y Carlos Valdés. Carlos y yo la formábamos en la imprenta universitaria; todos la preparábamos; y Jaime, después de examinar cuidadosamente los materiales que iba a contener la revista, daba el visto bueno cuando ya estaba hecha, poniendo inevitablemente el ojo en las erratas que pudiese haber. Fue una época productiva y divertida. Tal vez nunca había habido ni habrá una oficina tan poco burocrática como esa. La prueba son algunos recuerdos que se me presentan al pensar en esa época: Jaime tocándome la espalda en el momento en que yo, apoyado en la especie de mostrador donde escribían aplicadamente a máquina Alicia Pardo y Cristina Pacheco, le decía a Alicia: ¿No va a llegar nunca ese gordo? Para oír la voz de Jaime contestándome: “Ese gordo ya llegó”. Carlos Valdés y yo jugando espadaños sobre la especie de mostrador —o barra de cantina— con los alambres de los archiveros. Nadie dispuesto a trabajar en el despacho donde nosotros cuatro hacíamos la revista y sin embargo, como por milagro, la revista salió puntualmente durante años y años. Después, Juan Vicente sólo iba los martes, jueves y sábados porque Jaime —Jaime para mí, el Jefe para los demás que no habían sido amigos suyos antes de entrar a trabajar con él— lo había nombrado director de la Casa del Lago. Recuerdo que las exposiciones de arte se inauguraban los miércoles; Juan Vicente, Meche, mi mujer y directora de la Galería —la Casa del Lago y todo Difusión Cultural siempre fue nepotista— y yo íbamos a comer regularmente, al restaurante Napoleón, caracoles acompañados de abundante vino. Después continuábamos la borrachera en las exposiciones. Gastón García Cantú usó esto como uno de

sus ridículos pretextos, cuando entró de jefe de Difusión Cultural, para cambiarlo todo para mal, y entre sus gracias correr a Juan Vicente. También recuerdo la inauguración del departamento de Juan Vicente en los edificios Condesa. Ese departamento se lo había cedido Juan José (Gurrola) quien con su mujer Pixie Hopkins se cambió al de enfrente. La fiesta tuvo lugar simultáneamente en los dos departamentos y fue apoteósica. Por ejemplo: alguien quiso pegarle a García Márquez porque decía que le había agarrado las nalgas a la negra que lo acompañaba y yo lo defendí, no por valiente sino por lo borracho que estaba.

Pero si las fiestas eran apoteósicas, también lo eran las exposiciones en la Casa del Lago en donde participaban todos los pintores innovadores de esos tiempos y a las cuales asistía la elite intelectual de México como lo prueban las muchas fotografías que Ricardo Salazar había tomado a infinidad de intelectuales dispuestos a posar. Todas las actividades de la Casa del Lago eran muy importantes. En cambio se sabe menos que después nos íbamos a seguir bebiendo en el Sep de Sonora. Ese Sep estaba muy cerca de los edificios Condesa y ahí íbamos todo el tiempo, hasta cuando no había actividades culturales. ¿Para qué nos pusieron las tentaciones tan cerca...? Unos sobrevivimos más o menos bien al alcoholismo; otros no. Juan Vicente pertenecía a estos últimos. La verdad es que en ese sentido sus últimos años en México fueron lamentables, nunca dejó de ser divertido pero también era un borracho total y muchas veces lloroso. De mí, por ejemplo, decía: "Juan García Ponce dice que yo estoy enamorado de él. Lo cual es cierto, pero no tanto como él cree". Tantas cosas que dan ganas de revelar, Juan Vicente, pero hay que ser discreto. Después de todo eres un héroe cultural. Pasemos también a tu aspecto negro que es también el más luminoso. Fuiste un lúcido y excelente cuentista en *Los muros enemigos* y los tres relatos que forman *Fin de semana*; fuiste un importante crítico musical: riguroso, exigente y abierto. De tus virtudes como organizador ya hablamos. Y luego, convertido ya en un borracho total, hiciste el prodigioso milagro de escribir en esas condiciones e inclusive basándote en ellas, *La obediencia nocturna*, de la que creo que nadie dudará que es una de las mejores novelas escritas en México.

¿Te estamos homenajando porque gracias a ser borracho —un borracho que además tenía la peculiaridad de ser Juan Vicente Melo y tener la facultad de cambiar sus experiencias negras en luminosa literatura— convertiste ese vicio en una virtud? Lo que es seguro, o al menos esa es mi opinión, es que todo homenaje es tardío e inútil. Juan Vicente ha muerto, Viva Juan Vicente Melo.